

dulcísimo y menor se escucha siempre  
el lírico metal de las arenas.

Yo te he amado en la sombra  
de mi predio espantable y transitorio.  
Mas no con brazos de mujer te he amado,  
ni con los dedos de esperanza y hambre  
que tejen mi tapiz, mientras descende  
sobre mi sol desértico el eclipse  
del ala que me falta y vuelve el ángel:  
con el dolor te amé de ver un río  
ausente de su cauce.

No nos une en el tiempo sino un llanto  
que no tuvo garganta en que alojarse  
y la tibia estación de una caricia  
de cuyas manos vi la arquitectura  
adentro de mí misma desplomarse.

Esa ceniza de alguien que ni vino,  
a quien no pude dar el minucioso  
labrado de su voz y su columna,  
ese entrañable muerto de mí misma  
cuyo nombre no sé ni sé su rostro,  
es la madera impar de este naufragio  
y nada más la huella de nosotros.

Eres toda la tierra que contengo;  
todo el dolor mortal que haya sufrido.  
Por el niño que amé bajo tus ojos  
y que nunca saliera de ti mismo,  
por el laurel difunto que me diste  
para que en mí elevara sombra y fruto,  
este amargo poema en que recuerdo  
la única y posible coincidencia  
que existió entre mi carne y mi destino.

# Alí Chumacero

## 1918

### Poema de amorosa raíz

Antes que el viento fuera mar volcado,  
que la noche se unciera su vestido de luto  
y que estrellas y luna fincaran sobre el cielo  
la albura de sus cuerpos.

Antes que luz, que sombra y que montaña  
miraran levantarse las almas de sus cúspides;  
primero que algo fuera flotando bajo el aire;  
tiempos antes que el principio.

Cuando aún no nacía la esperanza  
ni vagaran los ángeles en su firme blancura;  
cuando el agua no estaba ni en la ciencia de Dios;  
antes, antes, muy antes.

Cuando aún no había flores en las sendas  
porque las sendas no eran ni las flores estaban;  
cuando azul no era el cielo ni rojas las hormigas,  
ya éramos tú y yo.

### Monólogo del viudo

Abro la puerta, vuelvo a la misericordia  
de mi casa donde el rumor defiende  
la penumbra y el hijo que no fue

sabe a naufragio, a ola o fervoroso lienzo  
que en ácidos estíos  
el rostro desvanece. Arcaico reposar  
de dioses muertos llena las estancias,  
y bajo el aire aspira la conciencia  
la ráfaga que ayer mi frente aún buscaba  
en el descenso turbio.

No podría nombrar sábanas, cirios, humo  
ni la humildad y compasión y calma  
a orillas de la tarde, no podría  
decir «sus manos», «mi tristeza», «nuestra tierra»  
porque todo en su nombre  
de heridas se ilumina. Como señal de espuma  
o epitafio, cortinas, lecho, alfombras  
y destrucción hacia el desdén transcurren,  
mientras vence la cal que a su desnudo niega  
la sombra del espacio.

Ahora empieza el tiempo, el agrio sonreír  
del huésped que en insomnio, al desvelar  
su ira, canta en la ciudad impura  
el calcinado son y al labio purifican  
fuegos de incertidumbre  
que fluyen sin respuesta. Astro o delfín, allá  
bajo la onda el pie desaparece,  
y túnicas tornadas en emblemas  
hunden su ardiente procesión y con ceniza  
la frente me señalan.

# Jorge Hernández Campos

## 1921

### Aria

Porque a toda colmena  
llega el día en que una mano desnuda  
al enjambre en el prado caliente  
y a mi amor  
miel y cera arrebatada  
¿para qué, si a la abeja, ocultarse  
o de quién, si a nosotros,  
en secreto y aun resistiéndonos  
celda, labio, aguijón nos arranca?  
¿Para qué, si tú, yo y la dura quijada  
del león  
escondemos la misma dulzura  
que nos roba  
la mano desnuda del fuerte?

### Corcheas

Yo soy  
el balbuciente  
Grazno silencios ecos y guijarros  
para la codicia inocente  
del oído

Yo soy hoy  
el balbuciente  
que es ese quien al que se le quiebra  
la saliva  
o se le desleía en el hoyo  
de la boca  
la borrascosa rosa  
de nuestras lenguas

Yo soy la matraca  
que redoblaba eternidades  
luego iríame  
cojeando  
a caminar sobre aguas mansas

Soy la puerta astillada  
que un acezo gemido  
azota esperanzado  
abierta si cerrada  
o si abierta cerrada  
de cualquier modo aparte y centellada

En el dintel el tallo  
siempre decapitado  
los dedos cercenados  
los pétalos plateados  
aleteando por el aire entrecortados

Tañes, clepsidra, lejos  
músicas agujereadas  
de pausas inauditas  
Y galopan bestias abstraídas  
tambor abajo  
hacia sus bienamados  
carniceros

Te abrazo y desabrazo  
al compás del aliento  
Y porque el tartamudeo  
es arenilla  
en la tinta de un hoy

cada vez más hechizo  
o de un amor herrumbroso  
ve, cómo, úneme  
enlacemos las manos mutiladas  
y vayámonos  
a tropezones por entre los escombros  
del discurso

Y aun por no perorar lo pensaría:  
la duda es la albahaca  
de la misericordia,  
la hesitación  
la piedad por las cosas  
indefensas y el titubeo, en fin,  
mi blanca palomica,  
el nicho por nos siempre abandonado  
de la poesía

(inédito, 25/IX/1995)

# Rubén Bonifaz Nuño

## 1923

### Amiga...

Amiga a la que amo: no envejecas.  
Que se detenga el tiempo sin tocarte;  
que no te quite el manto  
de la perfecta juventud. Inmóvil  
junto a tu cuerpo de muchacha dulce  
quede, al hallarte, el tiempo.

Si tu hermosura ha sido  
la llave del amor, si tu hermosura  
con el amor me ha dado  
la certidumbre de la dicha,  
la compañía sin dolor, el vuelo,  
guárdate hermosa, joven siempre.

No quiero ni pensar lo que tendría  
de soledad mi corazón necesitado,  
si la vejez dañina, perjudiciosa,  
cargara en ti la mano,  
y mordiera tu piel, desvencijara  
tus dientes, y la música  
que mueves, al moverte, deshiciera.

Guárdame siempre en la delicia  
de tus dientes parejos, de tus ojos,  
de tus olores buenos,  
de tus brazos que me enseñas  
cuando a solas conmigo te has quedado

desnuda toda, en sombras,  
sin más luz que la tuya,  
porque tu cuerpo alumbra cuando amas,  
más tierna tú que las pequeñas flores  
con que te adorno a veces.

Guárdame en la alegría de mirarte  
ir y venir en ritmo, caminando  
y, al caminar, meciéndote  
como si regresaras de la llave del agua  
llevando un cántaro en el hombro.

Y cuando me haga viejo,  
y engorde y quede calvo, no te apiades  
de mis ojos hinchados, de mis dientes  
postizos, de las canas que me salgan  
por la nariz. Aléjame,  
no te apiades, destiérrame, te pido;  
hermosa entonces, joven como ahora,  
no me ames: recuérdame  
tal como fui al cantarte, cuando era  
yo tu voz y tu escudo,  
y estabas sola, y te sirvió mi mano.

## Fuego de pobres

Nadie sale. Parece  
que cuando llueve en México, lo único  
posible es encerrarse  
desajustadamente en guerra mínima,  
a pensar los ochenta minutos de la hora  
en que es hora de lágrimas.

En que es el tiempo de ponerse,  
encenizado de colillas fúnebres,  
a velar con cerillos  
algún recuerdo ya cadáver;  
tiempo de aclimatarse al ejercicio  
de perder las mañanas  
por no saber qué hacerse por las tardes.

Y tampoco es el caso de olvidarse  
de que la vida está, de que los perros  
como gente se anublan en las calles,  
y cornudos cabestros  
llevan a su merced tan buenos toros.

No es cosa de olvidarse  
de la muela incendiada, o del diamante  
engarzado al talón por el camino,  
o del aburrimiento.

A la verdad, parece.

Pero sin olvidar, pero acordándose,  
pero con lluvia y todo, tan humanas  
son las cosas de afuera, tan de filo,  
que quisiera que alguna me llamara  
sólo por darme el regocijo  
de contestar que estoy aquí,  
o gritar el quién vive  
nada más por ver si me responden.

Pienso: si tú me contestaras.  
Si pudiera hablar en calma con mi viuda.  
Si algo valiera lo que estoy pensando.

Llueve en México; llueve  
como para salir a enchubascarse  
y a descubrir, como un borracho auténtico,  
el secreto más íntimo y humilde  
de la fraternidad; poder decirte  
hermano mío si te encuentro.  
Porque tú eres mi hermano. Yo te quiero.

Acaso sea punto de lenguaje;  
de ponerse de acuerdo con el tipo  
de cambio de las voces,  
y en la señal para soltar la marcha.  
Y repetir ardiendo hasta el descanso  
que no es para llorar, que no es decente.  
Y porque la verdad, no es para tanto.

# Jaime García Terrés

## 1924-1996

### Cantar de Valparaíso

¿Recuerdas que querías ser un poeta telúrico?  
Con fervor aducías los admirables ritos del paisaje,  
paladeabas  
nombres de volcanes, ríos, bosques, llanuras,  
y acumulabas verbos y adjetivos  
a sismos o quietudes (aun a las catástrofes  
extremas del planeta) vinculados.

Hoy prefieres viajar a medianoche, y en seguida  
describes episodios efímeros.  
Tus cuadernos registran el asombro  
de los rostros dormidos en hoteles de paso.  
Escoges los hombros cuando el alba precipita  
desde lo alto de la cordillera blondos aluviones.

¿Qué pretendes ahora? ¿Qué deidad escudriñas?  
Acaso te propones glorificar el orbe claroscuro  
del corazón. O merodeas al margen de los cánticos,  
y escribes empujado ya tan sólo  
por insondable apetencias,  
como fiera que busca su alimento donde la sangre humea,  
y allí filos de amor  
dispone ciegamente.

### Este era un rey

*Y nuestra vida sigue siendo  
un poco de vapor, como decía*